

820 PR93  
Ch. zh3

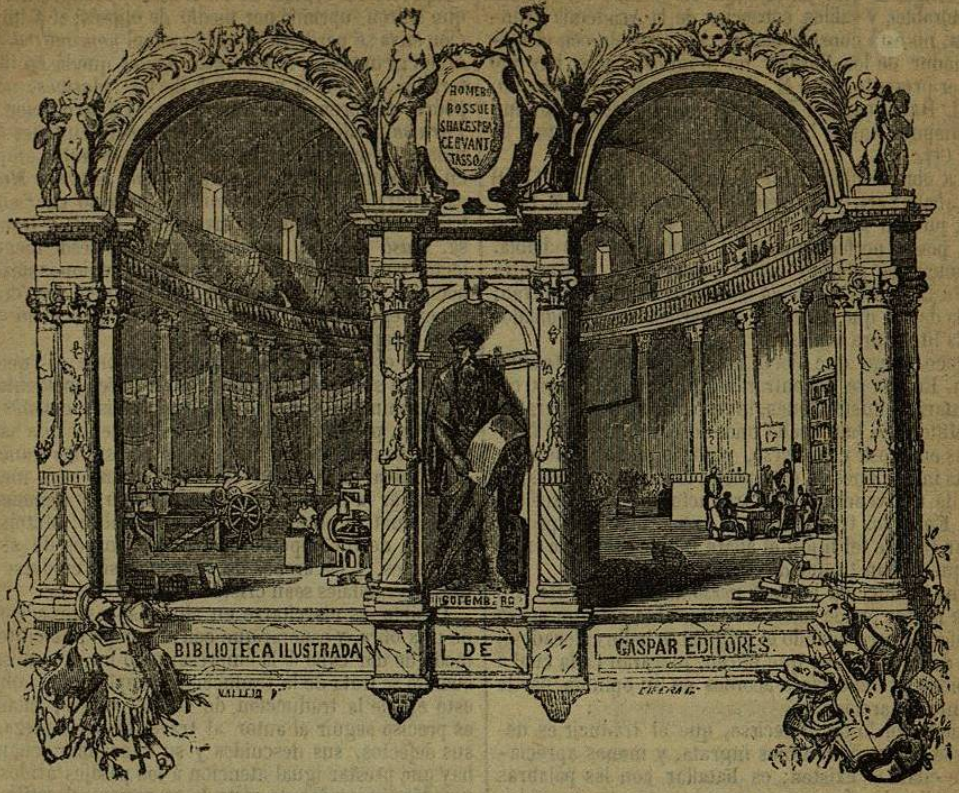
LITERATURA INGLESA

FOR F. A. DE CHATEAUBRIAND

FOR DE FRANCISCO MADRID



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS



# ENSAYO

SOBRE LA

# LITERATURA INGLESA,

POR F. A. DE CHATEAUBRIAND.

## ADVERTENCIA.

El *Ensayo sobre la literatura inglesa* que precede á mi traducción de Milton, se compone:

- 1.º De algunos pasajes tomados de mis antiguos *Estudios*, pasajes corregidos en cuanto al estilo, rectificadlos en lo relativo á las apreciaciones, y aumentados ó reducidos á menor estension por lo tocante al texto.
- 2.º De diversos extractos de mis *Memorias*, directa ó indirectamente relacionados con el trabajo que ahora presento al público.
- 3.º De modernas investigaciones concernientes á la materia de este Ensayo.

He visitado los Estados-Unidos; he pasado ocho años de destierro en Inglaterra; he vuelto á Londres como embajador, y he podido observarlo despues de haberlo visto como emigrado, y finalmente, creo saber el inglés cuanto es posible saber un idioma extranjero. He leído además concienzudamente todo lo que he debido leer sobre el asunto de que se trata en

estos dos tomos, y si solo alguna rara vez he citado autoridades, no debe atribuirse sino á que siendo estas ya muy conocidas de las personas literatas, no ofrecen por otra parte ningun interés á las que no lo son. ¿Qué les importan á los hombres de mundo los nombres de Warton, Evans, Jones, Percy, Owen, Ellis, Leyden, Eduardo Williams, Tirwhit, Roquefort, Tressan, las compilaciones de los historiadores, las colecciones de los poetas, ni los manuscritos? Sin embargo, quiero hacer aquí mención de una obra francesa, precisamente porque en mi concepto los periódicos no lo han hecho del modo que se merece. Conságranse artículos sin fin á producciones insignificantes y apenas se conceden veinte renglones á la apreciación de libros instructivos y graves.

Los *Ensayos históricos sobre los Bardos, Juglares*, etc., del señor abate de La Rue, merecen llamar la atención de cualquier apasionado de la sana crítica y de la erudición tomada de las fuentes origi-

nales y no de retazos de lecturas extraídas de algún investigador que ya ha caído en olvido. Uno de mis honorables y sabios consocios de la Academia Francesa, no está constantemente de acuerdo con el historiador de los Bardos: no lo ignoro, pero hay que tener presente, que M. de La Rue es el *romancero*, y M. Raynouard el *Trovador*: no ha terminado aun la disputa entre la lengua de Oc y la lengua de Oil (1).

La obra titulada *Idea de la poesía inglesa* (1749) del abate Yart, y la *Poética inglesa* (1806) de M. Hennel, pueden ser consultadas con provecho. M. Hennel posee perfectamente el idioma de que habla. Anúncianse además varias colecciones, y por otra parte la *Biblioteca anglo-francesa* de M. O'Sullivan, nada dejará que desear á los verdaderos apasionados de la literatura inglesa.

Poco tengo que decir por lo tocante á mi traducción. En ella se encontrarán á millares ediciones, comentarios, ilustraciones, investigaciones y biografías de Milton. Se han hecho unas doce traducciones francesas en prosa y en verso, y por lo menos unas cuarenta imitaciones de este poeta; todas muy buenas; en pos de mí, vendrán otros traductores, todos excelentes. Entre los traductores en prosa, figura en primer lugar Racine (el hijo); el abate Delille sobresale entre los que lo han traducido en verso.

Una traducción no es la *persona*; es el *retrato*. Un gran pintor puede hacer un admirable retrato; así es en efecto; pero cuando el original se halle colocado al lado de la copia, los que miren, juzgarán cada cual á su modo, y no estarán acordes en su opinión por lo tocante al parecido.

Puede por lo tanto decirse, que el traducir es dedicarse á la profesión mas ingrata, y menos apreciada de cuantas existen; es batallar con las palabras para obligarlas á espresar un pensamiento, una idea emitida de diverso modo en un idioma extranjero produciendo un sonido que no tienen en el idioma del autor. ¿Por qué pues habré traducido á Milton? Por una razon de que se dará cuenta al fin de este *Ensayo*.

Mas nadie por esto se imagine que he empleado poca atención en mi trabajo; puedo por el contrario afirmar que es la obra de toda mi vida, pues hace treinta años que estoy leyendo, releyendo y traduciendo á Milton. Conozco hasta qué punto debe respetarse al público: él es dueño de trataros con toda franqueza; pero guardaos bien de usar de igual libertad para con él: si no haceis caso del público, menos caso hará el público de vosotros. Sobre todo apelo al testimonio de los que todavía creen que el *escribir* es un *arte*: solo estos podrán comprender cuántos estudios y cuántos esfuerzos me ha costado la traducción del *Paraiso perdido*.

Por lo que toca al sistema de esta traducción, debo decir, que me he atenido al que adopté en otro tiempo para traducir los fragmentos de Milton citados en el *Genio del Cristianismo*. En mi concepto la traducción literal, es siempre la mejor. Una traducción interlineal sería la perfección de la obra si pudiera quitarse lo que tendría de duro.

La dificultad de la traducción literal consiste en reproducir una expresión noble por otra que igualmente lo sea, y en evitar que por medio de expresiones que se parecen, pero que no tienen la misma prosodia en ambos idiomas, adquiera pesadez una frase ligera, ó por el contrario.

Milton, además de la lucha que hay que sostener con su número poético, ofrece obscuridades gramati-

cales sin número; tiraniza el idioma y quebranta y desprezia las reglas. Si en francés se suprimiera lo que Milton suprimió por medio de elipses; si á imitación suya se perdiera á cada paso el *nominativo* y el *orden gramatical*; si los *antecedentes* quedasen indeterminados por la vaguedad de los *relativos*, nadie podría comprender la traducción. La invocación del *Paraiso perdido* presenta todas esas dificultades reunidas. La inversión suspensiva que el autor empleó en la censura del sétimo verso. «*Sing heavenly Muse*» es admirable y la he conservado para no caer en la fría y ordinaria forma de invocación griega y francesa, *Musa celestial, canta*, y para que desde luego el lector comprenda que va á entrar en regiones desconocidas: Luis Racine la conservó también, pero creyó deber regularizarla por medio de un galicismo que hizo desaparecer toda la poesía.

Dado este primer paso, Milton remonta el vuelo y prolonga su invocación al través de frases incidentales é interminables que, produciendo construcciones indirectas, ponen al lector en el caso de tener que hacer esfuerzos de atención antipáticos al espíritu francés. Para salvar este inconveniente, no hay otro medio que saltar la invocación y la esposición, y regenerar el nominativo en el nombre ó pronombre. Milton, á manera de río impetuoso, arrastra en pos de sí las márgenes, y las arenas de su cauce sin cuidarse de que sus raudales sean cristalinos ó turbios.

Posible es ejercitarse en algunos pasajes selectos de una obra, y esperar que con el tiempo se facilite el modo de dar cabo á la empresa; pero no es lo mismo cuando se trata de la traducción completa de la obra, esto es, de la traducción de 10,467 versos; cuando es preciso seguir al autor al través de sus bellezas y sus defectos, sus descuidos y su cansancio; cuando hay que prestar igual atención á los pasajes áridos y pesados sin perder de vista la expresión, el estilo, la armonía y todas las cualidades del poeta; cuando hay que estudiar el sentido eligiendo el que parezca mas bello cuando hay muchos, ó hay que adivinar el mas probable teniendo en cuenta el carácter ó la índole del autor; cuando es preciso recordar pasajes colocados tal vez á larga distancia del pasaje oscuro.... Semejante trabajo hecho concienzudamente, llegaria á cansar al espíritu mas laborioso y mas sufrido.

He procurado representar á Milton con toda exactitud, y para conservar no he evitado la expresión horrible, ni la expresión sencilla cuando las he hallado en el original. Perros abulladores son según expresión de Milton los hijos del pecado que se cobijan en la *perrera*, esto es, en las entrañas del pecador: no he desechado esa imagen. Eva dice, que la serpiente no trataba de *hacerle mal, ni causarle perjuicio*; me he guardado bien de poetizar esa cándida expresión de una jóven que hace una gran cortesía al árbol de la ciencia despues de haber comido su fruto: así es como Milton lo concibió. Si no he podido reproducir las bellezas del *Paraiso perdido*, no me podré excusar con decir, que se me han pasado desapercibidas.

Milton compuso una multitud de palabras que no existen en ningún diccionario, y está lleno de hebraismos, helenismos y latinismos: así es que á un precepto ó á una ley de Dios, la denomina *primera hija de la voz*: emplea el genitivo absoluto de los griegos y el ablativo absoluto de los latinos. Cuando sus palabras compuestas no son demasiado extrañas al idioma francés, en su etimología sacada de las lenguas muertas ó del italiano, las he adoptado, y por esa razón he dicho: *emperadísé, fragrance*, etc. Hay algunos idiotismos ingleses que casi todos los traductores han pasado por alto; sirva de ejemplo la palabra *planet-struch*: por lo menos he procurado que se comprendiera el sentido sin recurrir á perifrasis demasiado largas.

Por lo demás, los cambios ocurridos en nuestras instituciones nos facilitan la inteligencia de algunas formas oratorias de Milton. El idioma francés se ha ido asimilando haciendo mas atrevido y mas popular. Milton escribió como yo en tiempo de revolución, y entre ideas que ya pueden considerarse como propias de nuestro siglo; por lo tanto me ha sido mas fácil emplear esos rodeos que los antiguos traductores no se habrían atrevido á aventurar. El poeta hace uso de antiguas palabras inglesas que con frecuencia revelan su origen francés ó latino; yo las he trasladado (*translatés*) por medio de expresiones francesas de la misma condición, respetando su índole rítmica y su carácter de antigüedad. No creo que mi traducción sea mas larga que el texto, y sin embargo nada he omitido.

Para esta traducción he tenido presente una edición del *Paraiso perdido* impresa en Londres por Jacob Tonson en 1725 y dedicada á Lord Sommers que fue el que libró al famoso poema de las injurias del olvido. Esta edición se halla enteramente conforme con las dos primeras que fueron revisadas y corregidas por el mismo Milton: la ortografía es antigua, las elisiones de letras frecuentes, los paréntesis multiplicados y los nombres propios, están escritos con versalitas.

He conservado la mayor parte de los paréntesis, puesto que tal era el modo de escribir del autor, y además, porque contribuyen á la claridad del estilo. Las ideas de Milton son tan abundantes y tan variadas, que al parecer el mismo autor se veía embarrasado, y tenia que dividir las en compartimientos para coordinarlas, reconocerlas y no perder de vista la idea que debía considerarse como madre de todas las demás incidentales.

He escrito también con versalitas algunos nombres y pronombres cuando me han parecido á propósito para realzar la importancia del personaje á que se refieren ó para aclarar alguna ambigüedad. Por lo tocante al texto inglés impreso paralelamente á mi traducción, me he valido del que publicó Sir Egerton Brydges en 1835, cuya corrección es perfecta y mas propia de los lectores de nuestros tiempos.

Finalmente, me he tomado la molestia de traducir nuevamente yo mismo hasta un pequeño artículo acerca de los versos sueltos, así como los antiguos argumentos de los libros, porque es probable que sean de Milton. Por respeto al número del autor he superado las incomodidades del trabajo: paréntesis, puntos, comas, todo cuanto he hallado en el texto me ha parecido sagrado: los hijos de los hebreos tenían que aprender de memoria desde Beresith hasta Malaquias.

¿A quién le importa en la actualidad nada de lo que acabo de decir? ¿Qué traductor seguirá tan minuciosamente el texto? ¿Quién le agradecerá el haber vencido una dificultad, ni haber pasado dias enteros discurrendo el mejor modo de verter una frase? Cuando Clement publicaba un voluminoso tomo con motivo de la traducción de las *Geórgicas*, todo el mundo lo leía y se interesaba en pro ó en contra del abate Delille: ¿estamos por ventura en aquellos tiempos? Puede sin embargo suceder que mi lector sea algún antiguo apasionado de la escuela clásica, reanimándose al recuerdo de sus antiguas admiraciones, ó bien algún jóven poeta de la escuela romántica que ande á caza de imágenes, de ideas ó de expresiones para apoderarse de ellas como de un botín arrebatado al enemigo.

Por lo demás, hablo largamente de Milton en el *Ensayo sobre la literatura inglesa*, pues hay que tener presente, que no he escrito este *Ensayo* sino con motivo del *Paraiso perdido*. He analizado sus diversas obras, he demostrado que las revoluciones nos lo han aproximado á nuestra época; que puede

ser considerado como hombre de los tiempos presentes; que fue tan grande escritor en prosa como en verso; que como prosista adquirió celebridad durante su vida, y que el aplauso de la posteridad lo debe á la poesía; porque la celebridad de prosista se ha confundido en la gloria de poeta.

Debo advertir que en este *Ensayo* no me he ceñido tan estrictamente al asunto como en la traducción. Aquí hablo de todo, del presente, del pasado, del porvenir: por todas partes divago. Si me sale al paso la edad media, hablo de ella; si tropiezo con la reforma, hago un alto, y si fijo la vista en la revolución inglesa, no puedo libramente de recordar la de mi patria, ni de citar mis hechos y personajes. Al ver á un realista inglés en la cárcel, se me presenta el recuerdo del alojamiento que tuve en la prefectura de la policía. De los poetas ingleses, paso espontáneamente á contemplar los de mi patria; Lord Byron me hace acordar de mi destierro en Inglaterra, de mis paseos á la colina de Row, de mis viajes á Venecia, y así todo lo demás. Son misceláneas que participan de todos los tonos porque hablan de todas las cosas. De la crítica literaria familiar ó elevada, pasan á consideraciones históricas, á narraciones, á semblanzas ó á recuerdos generales ó personales. A fin de no sorprender á nadie para que desde luego se sepa lo que se va á leer, y con objeto de que se vea con claridad que la literatura inglesa no es en el caso presente mas que la tela de mis cuadros ó el cañamazo de mis bordados, he tenido por conveniente dar un segundo título á este *Ensayo*.

## INTRODUCCION.

EL LATIN CONSIDERADO COMO FUENTE DE LAS LENGUAS DE LA EUROPA LATINA.

CUANDO un pueblo poderoso ha desaparecido; cuando ya no está en uso el idioma que hablaba, queda ese idioma como monumento en que otras edades admiren las obras maestras del pincel ó de los cincelos que ya se rompieron. Decir cómo los dialectos de los pueblos de la Ausonia se convirtieron en el idioma latino, qué es lo que este retuvo del carácter de las tribus salvajes que lo formaron, lo que perdió ó ganó mediante la conversión de un gobierno libre en un gobierno despótico, y mas adelante por la revolución consumada en la religion del Estado; decir cómo las naciones conquistadas y conquistadoras trajeron una multitud de locuciones extrañas á ese idioma, y cómo sus restos formaron la base sobre que se elevaron los dialectos del Oeste y del Mediodía de la Europa moderna, suministraria asunto para una inmensa obra de filología.

Nada efectivamente podria ser mas curioso ni instructivo que considerar el latin en su origen y acompañarlo hasta el fin al través de los siglos y de sus diversas índoles. Preparados se hallan ya los materiales de este trabajo en los siete tratados de Juan Nicolás Funke denominados: *De origine, De pueritia, De Adolescentia, De virili Etate, De imminenti senectute, De vegeta senectute, De inertia et decrepita senectute latinæ linguæ tractatus*.

El dórico, el etrusco y el osco de los himnos de los salios y de la ley de las Doce Tablas, cuyos artículos en verso cantaban todavía los niños en tiempo de Ciceron, produjeron el lenguaje rudo de Duilio, de Cecilio y de Ennio, el animado de Plauto, el satírico de Lucilio, el greciforme de Terencio, el filosófico, triste, lento y espondáico de Lucrecio, el elocuente de Ciceron y Tito-Livio, el claro y correcto de César, el elegante de Horacio, el brillante de Ovidio, el poético y conciso de Cátulo, el armonioso de Tibulo, el divino de Virgilio y el puro y sentencioso de Fedro.

(1) En el momento de escribir este elogio de M. La Rue que no me es conocido sino por sus obras, recibo como en testimonio de gratitud la fúnebre esquela en que se me da parte de la muerte de este amigo de Walter-Scot.

Ese modo de hablar del siglo de Augusto (no sé en qué época colocar á Quinto Curcio), se convirtió, alterándose, en el lenguaje enérgico de Tácito, de Lucano, de Séneca y de Marcial, en la copiosa dicción de Plinio el Mayor, en la florida palabra de Plinio el Joven, en el lenguaje descarado de Suetonio, violento de Juvenal, oscuro de Persio, y en el ampuloso ó rastreoso de Estacio y de Silio Itálico.

Después de haber pasado por los gramáticos Quintiliano y Macrobio; por los compendios Floro, Vellejo Petéculo, Justino, Orosio y Sulpicio Severo; por los Padres de la Iglesia y escritores eclesiásticos Tertuliano, Cipriano, Ambrosio, Hilario de Poitiers, Paulino Agustín, Gerónimo y Salviano; por los apologistas Lactancio, Arnobio y Minucio Félix, por los panegiristas Eumeno, Mamertino y Nazario; por los historiadores de la decadencia Amiano Marcelino, y los biógrafos de la *Historia augusta*; por los poetas de la decadencia y de la caída Ausonio, Claudiano, Rutilio, Sidonio Apolinar, Prudencio y Fortunato; después de haber recibido de la conversión de religiones, de la transformación de costumbres y de la invasión de los godos, alanos, hunos, árabes etc., expresiones nacidas de las nuevas necesidades y de las nuevas ideas, volvió ese idioma á caer en otra barbarie al ser empleado por el primer historiador de aquellos francos que después de haber destruido el imperio romano dieron principio á otro idioma.

Los escritores fueron notando por sí mismos las alteraciones que de siglo en siglo iba sufriendo el idioma latino: Ciceron afirma, que en las Galias circulaban muchas palabras, cuyo uso no era bien recibido en Roma: *verba non trita romæ*, Marcial se jactaba de valerse de expresiones célticas; San Gerónimo dice, que en su tiempo, el idioma latino iba cambiando en todos los países *regionibus mutatur*; Feste en el quinto siglo, se lamentaba de la ignorancia en que se había caído respecto de la construcción del latín; San Gregorio el Grande declara, que le importan poco los barbarismos y solecismos; Gregorio de Tours reclama la inteligencia del lector por haberse desviado en el estilo y en las palabras de las reglas gramaticales, confesándose poco instruido en el particular: *non sum imbutus*; los juramentos de Carlos el Calvo y de Luis el Germánico nos presentan el latín espirando; los escritores de vidas de santos alaban á los obispos que saben hablar puramente el latín y los concilios del siglo IX, les mandan predicar en lengua *romano-rústica*.

Debe pues referirse al espacio que medió entre el séptimo y noveno siglo, la época en que el latín se metamorfoseó en *romance* de diferentes matices y acentos segun las provincias en que se usaba. El latín correcto que vuelve á aparecer en los historiadores y escritores del reinado de Carlo-Magno, no es ya el latín hablado, sino el latín aprendido. No tardó la palabra latín en no significar mas que *romance* ó lengua *romana*, y en seguida fue tomado por la palabra lengua en general: así es que se dijo, *los pájaros cantan en su latín*.

Una lengua civilizada nacida de una lengua bárbara, se diferencia segun sus elementos, de una lengua bárbara, proveniente de otra civilizada; la primera debe permanecer mas original, porque dimana de sí misma, y ella es la que únicamente ha desarrollado su germen; la segunda, esto es, la lengua bárbara, ingerida en una civilizada, pierde su savia natural y produce frutos extraños.

Tal es el latín respecto del idioma salvaje que lo engendró, y tales son las lenguas modernas de la Europa latina con referencia á la lengua culta de que se derivan. Una lengua viva que sale de otra lengua viva, prosigue en sus condiciones de vida; pero una lengua viva abortada de otra muerta, trae consigo algo de la condición mortuoria de su madre; conser-

va una multitud de palabras que ya han espirado y que no dan mas señales de existencia que las que da el silencio para expresar el sonido.

¿Existió en los últimos momentos de la lengua latina un idioma que pueda llamarse de transición entre aquella y los modernos, y que haya sido general de este lado de acá de los Alpes y del Rin? ¿La lengua *romano-rústica* da que tan frecuente mención se hace en los concilios del siglo IX, era esa lengua *romana*, ese *provenzal* que se hablaba en el Mediodía de Francia? ¿El provenzal era el *catalán*? ¿Se formó en la corte de los condes de Barcelona? El *romance* del Norte del Loira; el *romance* valon ó sea el que usaron los romanceros, que se convirtió en francés, precede ó al *romance* del Mediodía del Loira? ó sea al *romance de los trovadores*? La lengua de *Oc* y la lengua de *Oil*; tomaron el asunto de sus canciones ó historias de los cantares armoricanos, ó de los de la Galia? Materia es esta de una controversia que no terminará hasta que la erudita obra de M. Fauriel haya derramado alguna luz sobre tan oscuro asunto.

#### LA LENGUA INGLESA DIVIDIDA EN CINCO EPOCAS.

Entre las lenguas formadas del latín, cuento la inglesa por mas que reconozco su doble origen. Demostraré cómo desde la conquista de los normandos hasta bajo el reinado del primer Tudor, dominó la lengua franco romana, y cómo la lengua inglesa moderna adquirió y ha retenido una inmensa cantidad de palabras latinas y francesas.

La lengua *romano-rústica*, se dividió en dos ramificaciones, esto es, en la lengua de *Oc* y en la de *Oil*. Cuando los normandos se apoderaron de la provincia á que dieron su nombre, aprendieron la lengua de *Oil*: esta es la que se hablaba en Rouen, así como en Bayeux usaban el dinamarqués. Guillermo llevó los dialectos *franceses* á Inglaterra con los aventureros que le siguieron de las dos márgenes del Loira.

Pero en los siglos anteriores, mientras los galos componían su idioma de los restos del latín, la Gran Bretaña, de donde hacia ya mucho tiempo que los romanos se habían retirado, y en donde los pueblos del Norte habían ido estableciendo sucesivamente, había conservado sus dialectos primitivos.

De aquí pues se deduce, que la lengua inglesa se divide en cinco épocas:

1.ª La época anglo-sajona desde el 450 al 780. El monge Agustín dió en 570 á conocer el alfabeto romano en Inglaterra.

2.ª La época dinamarquesa-sajona desde el 780 hasta la invasión de los normandos. De esta época se conservan principalmente los manuscritos llamados de Alfredo y dos traducciones de los cuatro evangelistas.

3.ª La época anglo-normanda que principia en 1066. La lengua normanda no era en realidad otra cosa que el *neustrio*, esto es, la lengua francesa del lado de acá del Loira, ó sea la lengua de *Oil*. Los normandos se servían para conservar la memoria de sus cantares de ciertos caracteres llamados *runstath*, que eran las letras rúnicas, á las cuales añadieron las que Ethico había inventado anteriormente, cuyos signos fueron dados por San Gerónimo.

4.ª La época normando-francesa. Cuando Leonor de Guyena trajo á Enrique II las provincias occidentales de Francia desde el Bajo Loira hasta los Pirineos, y después que algunas princesas de la sangre de San Luis se fueron sucesivamente enlazando con monarcas ingleses, se mezclaron de tal manera los Estados, las propiedades, las familias, los usos, y las costumbres, que el francés se convirtió en idioma comun de los nobles, de los eclesiásticos, de los sa-

bios y de los comerciantes de ambos reinos. En el Domesday-Book, carta topográfica y catastro de las propiedades, hecho por orden de Guillermo el Conquistador, están escritos los nombres de los lugares en latín segun la pronunciación francesa. Así es que una multitud de palabras latinas entraron directamente en la lengua inglesa por la religión y por sus ministros, cuyo idioma era el latín é indirectamente por mediación de palabras normandas y francesas. El normando de Guillermo el Bastardo conservaba tambien expresiones escandinavas, ó germánicas que los hijos de Rollon habían introducido en el idioma del país franco conquistado por ellos.

5.ª La época llamada propiamente inglesa, esto es, cuando el *inglés* se habló y escribió del modo que hoy existe. Estas cinco épocas se hallarán colocadas en las cinco partes en que se divide este *Ensayo*.

Y se clasifican naturalmente bajo los titulos siguientes:

- 1.º Literatura bajo el reinado de los anglos-sajones, de los dinamarqueses y durante la edad media;
- 2.º Literatura bajo los Tudors;
- 3.º Literatura bajo los dos primeros Estuardos y durante la república;
- 4.º Literatura bajo los dos últimos Estuardos;
- 5.º Literatura bajo la casa de Hannover.

Al estudiar las diversas literaturas se escapan una multitud de alusiones y de rasgos, si no se conservan bien fijos en la memoria los usos y las costumbres de los pueblos. Un cuadro de la literatura, enteramente aislado de la historia de los pueblos daría lugar á una portentosa quimera. Al oír cantar imperiturbablemente á los sucesivos poetas sus amores y sus rebaños, llegaría uno á figurarse que la edad de oro ha existido sin interrupción sobre la tierra. Sin embargo, en esa misma Inglaterra de que nos estamos ocupando, resonó el eco de tales conciertos en medio de la invasión de los romanos, de los pictos, de los sajones y de los dinamarqueses; en medio de las conquistas de los normandos, de la sublevación de los barones, de las disputas de los primeros Plantagenets por la corona, de las guerras civiles de la rosa encarnada y de la rosa blanca, de las desolaciones de la reforma, de los suplicios mandados por Enrique VIII, de las hogueras encendidas por María; en medio de las matanzas y esclavitud de Irlanda, de las devastaciones de Escocia, de los cadalsos de Carlos I y de Sidney, de la fuga de Jacobo y de la proscripción del presidente y de los jacobitas: mezclados todos esos sucesos con tempestades parlamentarias, con crímenes de la corte y con mil guerras extranjeras.

El orden social, á parte del orden político, se compone de la religión, de la inteligencia y de la industria material. En medio de las catástrofes y de los mas terribles acontecimientos, nunca falta en cualquiera nación un sacerdote que reza, un poeta que canta, un autor que escribe, un sabio que medita, un pintor, un estatuario ó un arquitecto que pinta, esculpe y construye, y un artesano que trabaja. Esos hombres marchan al lado de las revoluciones, y al parecer disfrutan de una vida á parte: no fijando la vista sino en ellos no se vería mas que un mundo real, verdadero, inmutable, base del edificio humano; pero que parece ficticio y extraño á la sociedad convencional, á la sociedad política. Solo el sacerdote en sus cánticos, el poeta, el sabio, el artista en sus composiciones, y el artesano en sus trabajos, revelan de cuando en cuando la época en que viven marcando la repercusión de los sucesos que con mas ó menos abundancia les hicieron derramar sudores, lamentos, y producciones de su genio.

Para destruir la ilusión de estas dos vistas sociales presentadas aisladamente; para no crear la quimera que he indicado al principiar este capítulo; para evitar que el lector entre repentinamente y sin estar

preparado en la historia de los cantares, de las producciones y de los escritores de los primeros siglos de la literatura inglesa, creo conveniente reproducir aquí el cuadro general de la edad media, á fin de que sea como un prólogo que acabe de ilustrar el asunto.

#### EDAD MEDIA.

##### LEYES Y MONUMENTOS.

La edad media presenta un cuadro fantástico, producto al parecer de una imaginación tan poderosa, como desarreglada. En lo antiguo cada nación sale, si así puede decirse, de su propio tronco; un espíritu primitivo, que se infiltra y se deja sentir por todas partes, da homogeneidad á las instituciones y á las costumbres. La sociedad de la edad media se componía de los restos de otras mil sociedades: la civilización romana, y hasta el paganismo, habían dejado en ella señales de su paso, y la religión cristiana la enriquecía con sus creencias y sus solemnidades. Los bárbaros, francos, godos, burgondios, anglos-sajones, dinamarqueses y normandos, seguían conservando las costumbres y el carácter propio de sus razas. Todos los géneros de propiedad estaban involucrados, todas las especies de leyes se confundían, el alodio, el feudo, las manos muertas, el código, el digesto, la ley sálica, gombeta, visigoda y el derecho tradicional. Todas las formas de libertad y de servidumbre campeaban al mismo tiempo; la libertad monárquica del rey, la libertad aristocrática del noble, la libertad individual del sacerdote, la libertad colectiva de los municipios, la libertad privilegiada de las ciudades, de la magistratura, de los gremios y corporaciones, la libertad representativa de la nación, existían juntamente con la esclavitud romana, con la servidumbre bárbara, y con la del extranjero no naturalizado. De semejante involucración nacían aquellos espectáculos incoherentes, aquellas costumbres contradictorias á primera vista y que solo se adunaban por el vínculo de la religión. Habría podido decirse que pueblos diversos sin ningún lazo de afinidad recíproca, se habían convenido en vivir bajo el cetro de un mismo dueño alrededor de un mismo altar.

Hasta en su apariencia exterior presentaba entonces la Europa un cuadro mas pintoresco y nacional que el que ofrece en la actualidad. A los monumentos, hijos de nuestra religión y nuestras costumbres, hemos substituido por afectación de la arquitectura bastardo-romana, otros monumentos que ni están en armonía con nuestro cielo, ni son apropiados á nuestras necesidades: fría y servil copia que ha introducido la mentira en nuestras artes, así como la imitación de la literatura latina ha destruido la originalidad del genio franco. No era así por cierto como se imitaba en la edad media: los ingenios de aquel tiempo también admiraban á los griegos y á los romanos, también investigaban y estudiaban sus producciones; pero en vez de sujetarse servilmente á ellas las dominaban las arreglaban á su manera, las nacionalizaban, y aumentaban su belleza por medio de una metamorfosis llena de vida y de independencia.

Las primeras iglesias cristianas en Occidente no fueron mas que templos vueltos al revés, si así pudiera decirse; el culto del paganismo era exterior; la decoración de los templos siguió la misma marcha; el culto cristiano era interior; interior fue también la decoración de sus iglesias. Las columnas pasaron de lo exterior al interior del edificio, como en las basílicas donde se reunían los fieles cuando salieron de las criptas y de las catacumbas. Las dimensiones de la iglesia escudieron en extensión á las del templo, porque la multitud cristiana se apiñaba bajo la bóveda de la iglesia al revés de la multitud pagana que se estacionaba bajo el peristilo del templo. Mas cuando los fieles pudieron no solo ejercer libremente, sino hasta

imponer un culto, cambiaron también ese órden de construcción de sus iglesias y la adornaron por la parte del paisaje y del cielo.

Con objeto de que los sostenes de la aérea nave estuvieran en armonía con el todo del edificio, el cincel tomó á su cargo el embellecerlos: no se veían más que arcos de puentes, pirámides, obeliscos y estatuas.

Los adornos que no estaban adheridos al edificio seguían la uniformidad del estilo: las tumbas eran de forma gótica y la basílica que como un gran catafalco se elevaba sobre ellas, parecía haber sido vaciada en el mismo molde. Las artes del dibujo participaban del gusto compuesto y florido, en las paredes y en los cristales de las ventanas, se veían pintados paisajes y escenas de religión y de la historia nacional.

En las casas de los grandes señores formaban el techo de los salones escudos de armas pintados y separados por losangas doradas, formando un todo semejante al de los artesonados techos que se veían en los hermosos palacios de los *cinque cento* en Italia. Hasta en la letra común entraba en gran parte el dibujo; el geroglífico germánico que había sustituido al trazo rectilíneo romano, armonizaba con el estilo de las piedras sepulcrales. Las torres aisladas puestas á manera de garitas en las alturas; las fortalezas rodeadas de bosques ó suspendidas en lo alto de las rocas como un nido de buitres; los puentes angulares y estrechos atrevidamente construidos sobre los torrentes; las ciudades fortificadas que se encontraban á cada paso y cuyas almenadas murallas servían á la vez de seguridad y de ornamentación; las capillas, los oratorios, las ermitas colocadas en los sitios más pintorescos al márgen de los caminos y de los ríos; los campanarios con sus caprichosas veletas, las abadías, los monasterios, las catedrales y por decirlo de una vez todos esos edificios, que ya no se ven sino en número muy reducido, y al través de las mutilaciones causadas por el tiempo, ostentaban en aquella época toda la pompa, todas las galas de su juventud. La vista al fijarse en la blancura de sus piedras, nada perdía de la ligereza de sus detalles, ni de la elegancia de sus entretejidas líneas y rasgos, ni de sus bajo-relieves, ni de sus calados, ni de sus recortes, ni de todos los caprichos de una imaginación libre é inagotable.

En el breve espacio de diez y ocho años, desde el 1136 hasta 1154, nada menos se construyeron que mil ciento quince grandes edificios en solo Inglaterra.

La cristiandad edificaba á espensas de todos los fieles, por medio de cuestaciones y de limosnas, catedrales en aquellos Estados que carecían de fondos para pagar los trabajos, que casi en ninguna parte se llegaron á terminar. En aquellos vastos y misteriosos edificios, se grababan en alto y bajo relieve, como con un saca-bocados, los adornos del altar, los monogramas sagrados, las vestiduras y todos los objetos pertenecientes al culto. Pendones, cruces de diversas formas, cálices, custodias, pálios, capuchas, cayados, mitras cuya forma tiene analogía con el gusto gótico, incensarios, en una palabra, todos los objetos pertenecientes al culto, se veían simbólicamente enlazados y producían inesperados efectos artísticos. Con frecuencia las canalones de los tejados representaban figuras de obscenos diablos, ó de frailes en ademanes grotescos. Aquella arquitectura era una sorprendente mezcla de lo trágico y lo ridículo, de lo gigantesco y lo gracioso. Ese mismo gusto dominaba en las producciones literarias de la época.

Las plantas de nuestro suelo, los árboles de nuestros bosques, el trébol y la encina entraban en la ornamentación de las iglesias, así como el acanto y la palmera embellecieron los templos edificadas en el país y siglo de Pericles. En lo interior cada catedral era á modo de un bosque, un laberinto cuyas mil co-

lumnas se cruzaban, separaban y volvían á unirse á cada movimiento del que las miraba. Este bosque recibía la luz por rosetones compuestos de vidrios pintados que parecían soles brillando con mil colores bajo la enramada: en lo exterior la catedral presentaba el aspecto de un edificio que aun conservaba el armazón de los arcos y andamios que se habían empleado para construirlo.

#### TRAJES, SOLEMNIDADES Y DIVERSIONES PÚBLICAS.

La población que se agitaba en torno de aquellos edificios, está descrita en las crónicas y pintada en las viñetas. Distingúense también las diversas clases de la sociedad y los habitantes de las diversas provincias, unos por la forma de sus vestidos, y otros por modas locales. Las poblaciones no ofrecían ese uniforme aspecto que un mismo modo de vestir da en la actualidad á los aldeanos y á los habitantes de las ciudades. La nobleza, los caballeros, los magistrados, los obispos, el clero secular, los religiosos de todas las Órdenes, los peregrinos, los penitentes grises, negros y blancos, los ermitaños, las cofradías, los artesanos, los labradores y la clase media, presentaban una variedad infinita de trages, cual en pequeño se conserva aun en algunos puntos de Italia. Sobre este particular es preciso referirse á las artes, confesando que en realidad es muy poco el partido que el pintor puede sacar de nuestros trages ajustados, y de nuestros sombreros redondos ó apuntados.

Entre los siglos XII y XIV el labrador y el hombre del pueblo llevaban un chaqueton pardo, sujeto á los costados por medio de un cinturón. El sayo de piel (*pélicon*), del cual tal vez ha nacido la sobrepelliz, era común á todas las condiciones. El pellico y la túnica talar á lo oriental, eran el trage propio del caballero cuando se desnudaba de su armadura; las mangas de esa túnica cubrían las manos y toda ella era parecida al *caftan* que hoy gastan los turcos. La toca adornada de plumas, el capuchon ó el sombrerillo hacían las veces de turbante. De la túnica ancha cual se acaba de describir, pasaron al trage ceñido y luego volvieron otra vez á la túnica adornada con el blason del que la usaba. Los calzones rayaban en lo indecente por lo angostos y cortos, pues no cubrían más que medio muslo, y las medias eran desiguales en color. Otro tanto sucedía con la especie de casaca que cubría el cuerpo y cuya mitad era blanca, y la otra negra, y con el sombrerillo azul por un lado y encarnado por otro. «Tan estrechos llegaron á ser sus vestidos que al ponerlos ó quitarlos no parecía sino que la persona quedaba desollada. Otros gastaban vestidos abultados sobre los riñones como si fueran muñejeros, y traían sombrerillos menudamente festoneados todo alrededor. Las piernas de sus calzones eran de distinto paño, y como la estrechidad de las mangas llegaba hasta el suelo, parecían unos verdaderos «juglares. No hay pues que extrañarse de que Dios quisiera corregir las maldades de los franceses des-»cargando su azote (la peste).

«Todo este trage quedaba cubierto los días de ceremonia por una capa, tan pronto corta como larga. «La de Ricardo I era una tela rayada guarnecida de «globos y medias lunas de plata, imitando el sistema «planetario. (Winisaufl). El collar era un adorno común á hombres y mujeres.

Los zapatos de punta retorcida, llamados á la *poulaine*, fueron de moda por mucho tiempo. El artesano les daba por encima un corte parecido á las ventanas de las iglesias: el noble los usaba con una punta de dos pies de largo y su estrechidad estaba adornada de cuernos, de garras ó de otras figuras grotescas: todavía se fueron prolongando más las puntas, de manera que ya no fue posible andar sin llevarlas sujetas á la rodilla por medio de una cadena de oro ó plata. Los

obispos lanzaron excomunion contra los que usaban esta moda y la trataron de *pecado contra natura*. Por último se declaró *que eran contra las buenas costumbres, y que con semejante invención se insultaba al Creador*. En Inglaterra se prohibió á los zapateros por medio de un acto del parlamento hacer calzado cuya punta pasara de dos pulgadas. A los zapatos en forma de pico sucedió la moda de las babuchas anchas y de punta cuadrada. Las modas variaban en aquellos tiempos tanto como en los presentes. Cualquiera señora ó caballero que imaginaba un nuevo capricho (*hatigote*), podía aspirar á cierta celebridad. El inventor del calzado á la *poulaine* fue un caballero inglés llamado *Robert le Cornu*. (W. MALMESBURY).

Las hidalgas (*gentilfames*), usaban sobre la piel lienzo muy fino y luego se envolvían en una túnica que subía hasta la garganta con el escudo de armas de su marido á la derecha y el de su propia familia á la izquierda. Unas veces alisaban el cabello sobre la frente sujetándolo con un bonetillo adornado de lazos, otras lo dejaban flotar enteramente suelto por la espalda, y otras lo reunían en trenzas de manera que formaba una especie de pirámide que alguna vez llegaba á tener tres pies de elevación. De aquí suspendían largos velos y cintas, que á manera de banderolas iban flotando á su alrededor. Hubo un tiempo en que fue preciso dar ensanche á las puertas de las habitaciones para que sin descomponerse pudiera pasar el peinado de aquellas señoras. Sostenían el armazón de semejantes peinados dos retorcidos cuernos, de uno de los cuales, el de la derecha, descendía una ligera banda, que la jóven dejaba flotar, sujetaba al pecho ó llevaba enroscada en el brazo. Una mujer vestida de toda gala ostentaba collares, sortijas y brazaletes. De su cinturón recamado de piedras preciosas pendía una escarcela bordada, y cabalgaba llevado en su muñeca un halcón, ó un bastoncillo en la mano. «Qué cosa más ridícula, decía el Petrarca en una carta que escribió al Pontífice en 1336, que ver «hombres con el vientre fajado, con zapatos puntiagudos, y con tocas cargadas de plumas, con «bello trenzado flotando por detrás de la cabeza «como la cola de un animal, ó sujetos sobre la frente «con pasadores de cabeza de marfil.» Pedro de Blois, añade, que la moda exigía afectación en el hablar. «Y en qué lengua cambia esa afectación? En la lengua de Roberto Wace, de Roman de Rou, de Ville-Hardouin, de Joinville y de Froissard!

El lujo de los trages y el que se empleaba en las diversiones públicas era superior á cuanto se puede creer; no somos más que unos mezquinos personajes en comparación de aquellos bárbaros de los siglos XIII y XIV. En un torneo se presentaron mil caballeros llevando uniformemente un trage de seda, que se llamaba *cointise*, y al día siguiente parecieron todos con otro vestido no menos magnífico (MATTHIEU PARIS). Uno de los vestidos de Ricardo II rey de Inglaterra, había costado treinta mil marcos de plata (ΚΥΝΗΘΗΝ). Juan Arundel tenía cincuenta y dos trages completos de tisú de oro.

En otro torneo desfilaron por de pronto sesenta magníficos caballos ricamente enjaezados, conducidos cada cual por un escudero de honor y precedidos de músicos y trovadores; en seguida aparecieron sesenta señoritas espléndidamente vestidas cabalgando en soberbios corceles y llevando cada cual sujeto con una cadenilla de plata á un caballero armado de punta en blanco. La música y el baile completaban la magnificencia de esas diversiones (*bandors*). El rey, los barones, los caballeros y los prelados, saltaban alegremente al son de la gaita y de los rústicos instrumentos que entonces se usaban.

Durante las festividades de Navidad solían disponerse grandes mojigangas. En Inglaterra se prepara-

ron (A. 1348) ochenta túnicas, cuarenta y dos caretas, y un gran número de vestidos extraños para las máscaras.

En 1377 una comparsa de más de ciento treinta personas disfrazadas de diversos modos divirtió grandemente al príncipe de Gales.

La pelota, el mallo, la paleta, los bolos y los dados traían revueltos á todos los hombres. Todavía se conserva una nota de Eduardo II, en la que dice deber á su barbero cinco chelines que le había pedido prestados para jugar á cara ó cruz.

#### COMIDAS.

El sonido del clarín anunciaba en casa de los nobles que era ya llegado el momento de comer, y como la urbanidad exigía lavarse las manos antes de sentarse á la mesa, es de presumir que de esa costumbre nació la frase militar de *tocar al agua* (*corner l' eau*). Comían á las nueve de la mañana y cenaban á las cinco de la tarde. Sentábanse en bancos cuya altura estaba en relación con la de la mesa. De aquí proviene la palabra banquete. Había mesas de oro y de plata cinceladas; pero las que eran simplemente de madera se cubrían con manteles procurando que sus pliegues imitasen las ondas de un río suavemente encrepadas por un fresco viento. Las servilletas datan de una fecha más reciente: tampoco fue conocido el uso del tenedor hasta fines del siglo XIV, y la primera vez que se hace mención de ellos es en tiempo de Carlos V.

Alimentábanse poco más ó menos de los mismos manjares que usamos en la actualidad; pero en su confección empleaban refinamientos que no han llegado hasta nosotros; no había la civilización romana perecido por lo tocante á la cocina. Entre los manjares exquisitos que según consta se usaban en aquel tiempo en Francia, se hace mención de los llamados *dellegrous, marpignyrum y karumpie*. ¿Quién sabrá la significación de tales nombres? Daban formas obscenas á ciertos ojaladres, y los eclesiásticos, las mujeres y hasta las niñas, no se ruborizaban de llamarlos con el nombre propio de lo que representaban. La lengua andaba todavía sin trabas, las traducciones de la Biblia conservaban toda la desnudez del original. *La instrucción del caballero Godofredo la Tour-Landry, noble angevino á sus hijas*, puede marcar el límite de la libertad de la enseñanza y la conversación.

Bebían en abundancia cerveza, cidra y vino de todas calidades: hácese mención de la cidra en tiempo de la segunda raza. Lo que llamaban clarete era vino clarificado y sazonado con especias, y el hipocrás era vino dulcificado con miel. En un festín que cierto abad dió en Inglaterra (A. 1310), se reunieron seis mil convidados á comer tres mil platos. Treinta mil se sirvieron en la comida de boda del conde de Cornouailles (A. 1243), y siete años después el arzobispo de York suministró sesenta cebones para los festines con que se había de celebrar el casamiento de Margarita de Inglaterra con Alejandro III, rey de Escocia. Los banquetes régios iban acompañados de intermedios de música en los cuales se cantaba toda clase de canciones.

«Cuando el rey (Enrique II de Inglaterra), sale por «la mañana, dice Pedro de Blois, se ve una multitud «de hombres corriendo de aquí para allí como si estuvieran dementados; los caballos se precipitan unos «sobre otros; los carruajes chocan entre sí. Cómicos, «cortesanas, juglares, cocineros, bufones, bailarines, «parásitas y barberos, producen una confusión tan «horrorosa é insoportable, que casi podría decirse que «el abismo se ha abierto y el infierno ha vomitado «todos sus diablos.»

Cuando Tomás Becket (Santo Tomás de Cantor-

bery), iba de viaje, le seguían más de doscientos caballeros, escuderos, pajes é individuos de su servidumbre. Juntamente con él caminaban ocho carros, tirados por cinco poderosos caballos y ocupados de muebles y provisiones: además llevaba doce acémilas cargadas con los cofres que contenían su dinero, su vajilla de oro, sus libros, sus vestidos y sus ornamentos de altar. Cada carro iba custodiado por un enorme mastin montado por un mono (SALISB).

Necesario fue oponerse á las prodigalidades de la mesa por medio de leyes suntuarias. Estas no permitían á los ricos más que dos servicios, ó sea dos especies de manjares; dejaban á los prelados y barones en libertad de comer lo que quisieran, y sujetaban á los mercaderes y artesanos al uso de carne en una sola comida, debiendo contentarse en las demás con leche, manteca, ó legumbres.

## COSTUMBRES.

Encontrábanse por los caminos carrozas ó literas, mulas, palafrenes y carros de bueyes, cuyas ruedas seguían conservando la forma antigua. Los caminos se dividían en peageros (*peageaux*) y senderos: su anchura estaba determinada por reglamentos especiales, no pudiendo los de primera clase tener menos de catorce pies. Permiñase en las márgenes de los senderos crecer algún árbol que los cubriera con su sombra, pero en el linde de los otros se debían arrancar todos los árboles, excepto los que entonces se llamaban de abrigo. La servidumbre feudal abrió esa multitud infinita de caminos de travesía que surcan las campiñas francesas.

Aquella era la época de toda clase de maravillas: capellanes, frailes, peregrinos, caballeros, trovadores, todos tenían que referir ó contar alguna aventura. Sentados por la noche alrededor del hogar, todos escuchaban con atención al que contaba las hazañas del rey Artur de Inglaterra, ó las aventuras de Ogier el dinamarqués, de Lanzarote del Lago, ó la historia de algún gran hechicero que cabalgaba en las nubes.

Después de esos cuentos el auditorio se complacía en oír la declamación del juglar contra algún felou caballero, ó la relación de la vida de algún piadoso personaje. Las mismas vidas de los santos recogidas por los Bolandos, participan en algún modo de los brillantes rasgos de imaginación característicos de aquella época: encuéntrase encantos de hechiceros, jugarretas de brujas y malignos espíritus, hombres convertidos en lobos, esclavos rescatados, ataques de salteadores, viajeros extraviados, y que por último venían á casarse con las hijas de sus huéspedes (*San Máximo*); fuegos fátuos que en medio de los bosques revelaban la tumba de alguna virgen, y palacios que al parecer se iluminaban súbitamente.

Habiéndose extraviado San Deicola encontró un pastor y le suplicó le enseñara un sitio donde poder albergarse aquella noche. «No hay ninguno, contestó el pastor, no siendo la morada del poderoso vasallo Weissart, situada en un paraje regado de fuentes.—¿Podrías conducirme á ella? preguntó el Santo.—No me es posible abandonar el rebaño, replicó el pastor.» Deicola fijó su báculo en tierra, y cuando el pastor regresó después de haber acompañado al Santo, vió que su rebaño permanecía pacíficamente echado en torno de aquel baston milagroso. Weissart, terrible dueño del castillo en que Deicola había pedido asilo, le amenaza por de pronto con mandarlo matar, pero por fin se aplaca á los ruegos de su esposa Bertilde que profesa gran veneración al sirvo de Dios. Deicola entra en la fortaleza; los criados se apresuran á servirle y quieren desembarazarle del peso de la capa; el Santo les da las gracias, se la quita con sus propias manos, y la cuelga de un rayo de

sol que entraba por la tronera de una torre. (BOLL. tomo II, p. 202).

Girardo, natural del país de Gales, cuenta en su Topografía de Irlanda, que estando San Kewen con los dos brazos estendidos haciendo oración entró una golondrina por la ventana de la celda, y puso entre sus manos un huevo. El Santo no bajó sus brazos hasta que la golondrina acabó de poner, y empollar todos sus huevos. En recuerdo de tanta bondad y paciencia se ve en Irlanda la estatua de aquel solitario con una golondrina en la mano.

El abate Turketul poseía un dedo pulgar de San Bartolomé, y con él se persignaba cuando se veía en algún peligro, ó estallaba una tempestad.

Los bárbaros amaban á los anacoretas, considerándolos como soldados de distinta milicia: pero igualmente aguerridos, igualmente inexorables para sí mismos, durmiendo sobre la dura tierra, habitando entre las rocas, complaciéndose en largas peregrinaciones, y en la inmensidad de los desiertos y de los bosques. Así es que hubo ermitaños que dirigieron batallas: por la noche se acampaban en los cementerios, y allí componían y cantaban á la multitud armada el *Dies iræ* ó el *Stabat mater*. Los anglo-sajones vieron nada menos que diez reyes y doce reinas que abandonaron el mundo y se retiraron á un claustro. Sin embargo, á fin de que nadie se deje engañar por el sonido de esas palabras, conviene tener presente que aquellas reinas no eran otra cosa que mujeres de los piratas del Norte que habían venido en sus barcos, y celebrado sus bodas sobre carros como las hijas de Clodoveo el de larga cabellera, hermosas y blancas noruegas que pasaban de los dioses del Edda al Dios del Evangelio, y de los personajes fabulosos de la mitología de aquel país á los ángeles del cristianismo.

## CONTINUACION DE LAS COSTUMBRES.—VIGOR Y FIN DE LOS SIGLOS BARBAROS.

Desarrollar metódicamente el cuadro de las costumbres de aquel tiempo, sería intentar un imposible y desmentir la confusión de aquellas costumbres. Preciso, es pues, presentar todas aquellas escenas en el mismo desorden en que se verificaban, ó encadenándose en una misma acción y en un mismo momento: no se echaba de ver espíritu de unidad más que en el movimiento general que impelia la sociedad hácia su perfeccionamiento por la ley natural de la existencia humana.

Por un lado se veía campear el ardor de la caballería, por otro la sublevación en masa de los aldeanos; todos los desarreglos de la vida en el clero y todo el ardor de la fe. Quiróvagos, ó monges errantes caminando á pie ó en alguna pequeña mula, predicaban contra todos los escándalos, dejándose quemar vivos por los papas cuyos desórdenes les echaban en rostro, ó ahogar por los príncipes cuya tiranía atacaban. Nobles había que se emboscaban cerca de los caminos y desbalijaban á los pasajeros, en tanto que otros nobles se apoderaban en España, en Grecia y en Dalmacia de inmortales ciudades cuya historia ignoraban. Existían tribunales de amor donde se disertaba con arreglo á todas las fórmulas del escotismo, y cuyos miembros eran canónigos. Veíanse por todas partes trovadores y músicos, vagando de castillo en castillo, desgarrando la reputación de los hombres por medio de sus sátiras, y celebrando á las damas por medio de sus baladas; ciudadanos divididos en gremios, celebrando solemnidades patronales en que los santos del cristianismo andaban revueltos con las divinidades del paganismo; representaciones teatrales, milagros y misterios, ejecutadas en las iglesias; fiestas de locos ó de cornudos; misas sacrilegas; sopas comidas sobre el altar; el *Ite missa est* contestado

por tres rebuznos; varones y caballeros comprometiéndose en medio de misteriosos banquetes á hacer guerra á los pueblos, y jurando sobre un pavo ó una garza real hacer proezas en nombre de sus amigos; judíos degollados ó asesinándose mutuamente, ó conspirando con los leprosos para envenenar los pozos y las fuentes; tribunales de toda especie condenando en virtud de toda clase de leyes á todo género de suplicios; acusados de todas categorías, desde el hereje desollado y lanzado á la hoguera, hasta los adúlteros atados por la espalda y espuestos á la vergüenza pública; un juez prevaricador sustituyendo al homicida rico para condenar y un preso inocente... y por última confusión, por último contraste aparecía la antigua sociedad civilizada según la forma antigua perpetuándose en los conventos; las disputas filosóficas de la Grecia renaciendo entre los estudiantes de las universidades, y mezclándose el tumulto de las escuelas de Atenas y de Alejandría en medio del ruido de los torneos, y de los simulacros y evoluciones marciales. Colóquese por último encima y aparte de esta sociedad tan agitada otro principio de movimiento, una tumba objeto de todas las ternuras, de todos los respetos y de todas las esperanzas, atrayendo sin cesar al otro lado de los mares reyes y vasallos, valientes y culpables, los primeros para buscar enemigos, reinos y aventuras, y los segundos para cumplir votos, expiar crímenes y aplacar remordimientos... Hé aquí toda la edad media.

El Oriente, á pesar del mal resultado de las Cruzadas, fue durante mucho tiempo para los pueblos de Europa el país de la religión y de la gloria. Estos pueblos volvían sin cesar los ojos hácia aquel sol hermoso, hácia aquellas palmeras de Idumea, hácia aquellas llanuras de Roma, donde los infieles descansaban á la sombra de los olivos plantados por Balduino, hácia aquellos campos de Ascalon que aun conservaban las huellas de Godofredo de Bouillon, de Coucy, de Tancredo, de Felipe Augusto, de Ricardo Corazon de Leon y de San Luis; hácia aquella Jerusalem, que después de un momento de libertad, había vuelto á

caer en cautiverio, y que se presentaba á los pueblos de Occidente como en otro tiempo á Jermías, escarnecida de los pasajeros anegada en sus propias lágrimas, privada de su pueblo y sentada en la soledad.

Tales fueron aquellos siglos de imaginación y de vigor que pasaron con todo ese aparato en medio de los sucesos más variados, en medio de herejías, cismas, guerras civiles y extranjeras; aquellos siglos doblemente favorables al genio por la soledad de los claustros para quien la apetecía, ó por una sociedad la más extraña y variada para quien la prefería á la soledad. Ni un solo punto había donde no acaeciera algún nuevo suceso, pues cada señorío lego ó eclesiástico era un pequeño Estado que gravitaba en su órbita y tenía sus facces: á diez leguas de distancia ya no se parecían las costumbres. Ese orden de cosas estremamente perjudicial á la civilización general, daba un extraordinario movimiento al espíritu particular; así es que todos los grandes descubrimientos pertenecen á esos siglos. En ningún tiempo ha vivido tanto el individuo; el rey no pensaba sino en dilatar su imperio; el señor feudal soñaba en apoderarse del Estado de su vecino; el ciudadano en el aumento de sus privilegios, y el comerciante en abrir nuevas sendas á su comercio. No se conocía el fondo de ninguna cosa; nada se había agotado; aquella sociedad estaba por decirlo así, en el átrio; en el borde de todas las esperanzas como el viajero que en la cima de la montaña espera la salida del astro cuyo crepúsculo empieza á verse. Registrábase lo pasado con igual ansiedad que el porvenir, y se descubría un manuscrito antiguo con el mismo placer que un nuevo mundo: marchaba la sociedad aceleradamente hácia destinos ignorados como el jóven que puede disponer de toda una existencia. La infancia de aquellos siglos fue bárbara; su virilidad se manifestó apasionada y enérgica, y por último dejaron su rica herencia á las edades civilizadas que sustentaron en su fecundo seno.

## PRIMERA PARTE.

## PRIMERA Y SEGUNDA EPOCA DE LA LITERATURA INGLESA.

## LITERATURA BAJO EL REINADO DE LOS ANGLO-SAJONES, DE LOS DINAMARQUESES Y DURANTE LA EDAD MEDIA.

DESDE LOS ANGLO-SAJONES HASTA GUILLERMO EL CONQUISTADOR.—BRETONES.

TÁCITO.—POESÍAS ERSAS.

ENTREMOS ahora en las diversas épocas de la lengua y de la literatura inglesa. El lector colocará fácilmente en el cuadro que acabo de trazar, los autores y sus obras á medida que se los irá presentando á la vista. Trátase por de pronto de la época anglo-sajona; mas antes de ocuparnos de ella conviene examinar si bajo la dominación romana quedaba alguna huella de la lengua que hablaron los bretones.

César no nos habla más que de las costumbres de aquellos isleños. Tácito nos ha conservado algunos

discursos de los caudillos bretones: omito la arenga de Caractaco á Claudio, y no citaré más que fragmentos del discurso de Galgaco en las montañas de la Caledonia, abreviándolo.

«...El día de vuestra libertad principia.... La tierra nos falta: la flota romana nos cierra el paso al mar; solo nos quedan nuestras armas. En el más ignorado rincón de nuestros desiertos, no viendo ni siquiera de lejos los límites de los países dominados, nuestros ojos no se han empañado con el contacto de la dominación extranjera. Colocados en los últimos confines de la tierra y de la libertad, hemos vivido hasta el presente defendidos por la fama de nuestra soledad y por las sinuosidades del terreno. Ahora se nos presentan á la vista los lími-